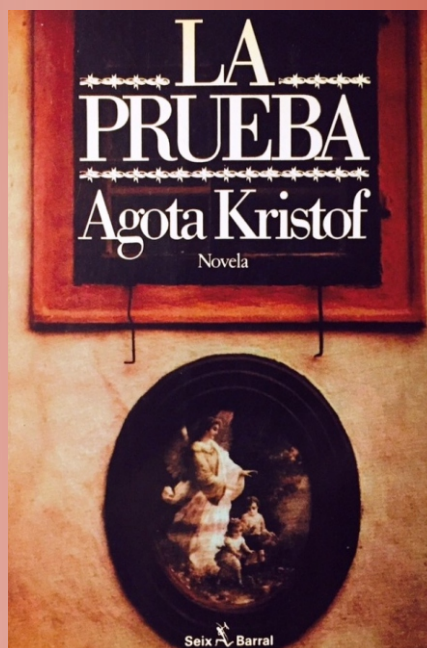


La Escalera

Lugar de lecturas



Visitas al territorio de Kristof



1

De vuelta a casa de la abuela, Lucas se acuesta junto a la cerca del jardín, a la sombra de los arbustos. Espera. Un vehículo del ejército se detiene ante el edificio del guardia de frontera. Bajan unos militares y dejan en el suelo un cuerpo envuelto en una lona de camuflaje. Un sargento sale del edificio, hace una señal y los soldados apartan la lona. El sargento silba.

—¡Identificarlo no será plato del gusto de nadie! ¡Hay que ser imbécil para intentar pasar esa puta frontera, y en pleno día además!

Un soldado dice:

—La gente debería saber que es imposible.

Otro soldado añade:

—Los de por aquí ya lo saben. Los que lo intentan son los que vienen de otros sitios.

El sargento dice:

—Bueno, vamos a ver al idiota de enfrente. A lo mejor sabe algo.

Lucas entra en la casa. Se sienta en el banco de rincón de la cocina. Corta pan, pone una botella de vino y un queso de cabra encima de la mesa. Llaman a la puerta. Entran el sargento y un soldado.

Lucas dice:

—Les esperaba. Siéntense. Tomen vino y queso.

El soldado dice:

—Con mucho gusto.

Coge un poco de pan y queso. Lucas le sirve vino.

El sargento pregunta:

—¿Nos esperabas? ¿Por qué?

—He oído la explosión. Después de las explosiones siempre vienen a preguntarme si he visto a alguien.

—¿Y no has visto a nadie?

—No.

—Como de costumbre.

—Sí, como de costumbre. Nadie viene a anunciarme su intención de atravesar la frontera.

El sargento se ríe. Él también toma un poco de vino y queso.

—Podrías haber visto rondar a alguien por aquí, o por el bosque.

—No he visto a nadie.

—¿Y si hubieses visto a alguien, nos lo dirías?

—Si digo que sí, no me creería.

El sargento se vuelve a reír.

—A veces me pregunto por qué te llaman el idiota.

—Yo también me lo pregunto. Simplemente, sufro de una enfermedad nerviosa a causa de un traumatismo psíquico de la infancia, durante la guerra.

El soldado pregunta:

—¿Qué es eso? ¿Qué dice éste?

Lucas le explica:

—Tengo la cabeza un poco tonta por los bombardeos. Me pasó de niño.

El sargento dice:

—Tu queso está muy bueno. Gracias. Ven con nosotros.

Lucas les sigue. Mostrándole el cuerpo, el sargento pregunta:

—¿Conoces a este hombre? ¿Le había visto alguna vez?

Lucas contempla el cuerpo dislocado de su padre.

—Está completamente desfigurado.

El sargento dice:

—Se le puede reconocer también por las ropas, los zapatos, o incluso por las manos o el pelo.

Lucas dice:

—Lo único que veo es que no es de este pueblo. Su ropa no es de aquí. Nadie lleva una ropa tan elegante en nuestro pueblo.

—Muchas gracias. Eso ya lo sabíamos. Nosotros tampoco somos idiotas. Lo que te pregunto es si le has visto en alguna parte.

—No. En ninguna parte. Pero veo que le han arrancado las uñas. Ha estado en prisión.

El sargento afirma:

—No se tortura en nuestras prisiones. Lo curioso es que lleva los bolsillos completamente vacíos. Ni siquiera una foto, ni una llave, ni una cartera. Sin embargo, debería llevar encima su documento de identidad, e incluso un salvoconducto para poder entrar en la zona fronteriza.

Lucas dice:

—Lo habrá tirado en el bosque.

—Es lo que yo pienso también. No quería que le identificasen. Me pregunto a quién quería proteger así. Si, por casualidad, al buscar setas, encuentras algo, nos lo traerás, ¿verdad?

—Desde luego, sargento.

Lucas se sienta en el banco del jardín, apoya la cabeza en la pared blanca de la casa. El sol le ciega. Cierra los ojos.

—¿Y qué debo hacer ahora?

—Lo mismo que antes. Hay que continuar levantándose por la mañana, acostándose por la noche, y hacer lo que sea necesario para vivir.

—Será muy largo.

—Quizá toda una vida.

Los gritos de los animales despiertan a Lucas. Se levanta, va a ocuparse de ellos. Da de comer a los cerdos, a las gallinas, a los conejos. Va a buscar las cabras al borde del río, las lleva consigo y las ordeña. Lleva la leche a la cocina. Se sienta en el banco de

rincón y se queda allí sentado hasta que cae la noche. Entonces se levanta, sale de casa, riega el huerto. Hay luna llena. Cuando vuelve a la cocina, come un poco de queso y bebe un poco de vino. Vomita sacando la cabeza por la ventana. Arregla la mesa. Entra en la habitación de la abuela y abre la ventana para airearla. Se sienta delante del tocador y se mira en el espejo. Más tarde, Lucas abre la puerta de su habitación. Mira el enorme lecho. Vuelve a cerrar la puerta y se va al pueblo.

Las calles están desiertas. Lucas camina deprisa. Se para ante una ventana iluminada, abierta. Es una cocina. Una familia está a punto de cenar. Una madre y tres niños se sientan en torno a la mesa. Dos chicos y una chica. Comen sopa de patata. El padre no está. Quizá esté trabajando, o en la prisión, o en un campo. O bien no ha vuelto de la guerra.

Lucas pasa por delante de los cafés ruidosos, donde, hacía poco tiempo, tocaba a veces la armónica. No entra y continúa su camino. Toma las callejuelas sin iluminar del castillo, y después la callecita oscura que lleva al cementerio. Se queda ante la tumba del abuelo y la abuela.

La abuela murió el año anterior de un segundo ataque cerebral.

El abuelo murió hace muchísimo tiempo. La gente del pueblo dice que fue envenenado por su mujer.

El padre de Lucas ha muerto aquel mismo día, intentando atravesar la frontera, y Lucas no conocerá jamás su tumba.

Lucas vuelve a su casa. Con la ayuda de una cuerda sube al desván. Allí arriba, un jergón, una vieja manta militar, un cofre. Lucas abre el cofre y coge un cuaderno grande de colegial, y escribe algunas frases. Vuelve a cerrar el cuaderno y se acuesta en el jergón.

Por encima de él, iluminados por la luna a través del tragaluz, se balancean, colgados de una viga, los esqueletos de la madre y del bebé.

La madre y la hermanita pequeña de Lucas murieron por culpa de un obús, cinco años atrás, unos días antes del final de la guerra, allí mismo, en el jardín de casa de la abuela.

Lucas está sentado en el banco del jardín. Tiene los ojos cerrados. Un carro tirado por un caballo se detiene ante la casa. El ruido despierta a Lucas. Joseph, el horticultor, entra en el jardín. Lucas le mira:

—¿Qué quieres, Joseph?

—¿Que qué quiero? Hoy es día de mercado. Llevo esperándote desde las siete.

Lucas dice:

—Te pido perdón, Joseph. Había olvidado en qué día estábamos. Si quieres, podemos cargar la mercancía ahora mismo.

—¿Estás de broma? Son las dos de la tarde. No he venido a cargar, sino a preguntarte si todavía quieres que venda tu mercancía. Si no, deberías decírmelo. Me da lo mismo. Lo hago por hacerte un favor.

—Pues claro, Joseph. Es que, sencillamente, me he olvidado de que hoy era día de mercado.

—No te has olvidado sólo hoy. Te olvidaste también la semana pasada, y la anterior.

—¿Tres semanas? No me había dado cuenta.

Joseph menea la cabeza.

—A ti no te van bien las cosas. ¿Qué has hecho con tus verduras y tu fruta desde hace tres semanas?

—Nada. Pero creo que he regado el huerto todos los días.

—¿Lo crees? Vamos a ver.

Joseph va detrás de la casa, hacia el huerto, y Lucas le sigue. El horticultor se inclina hacia los arriates y exclama:

—¡Madre de Dios! ¡Pero si has dejado que se pudra todo! ¡Mira esos tomates por el suelo, esas judías demasiado gordas, esos

pepinos amarillos, y las fresas negras! ¿Estás loco o qué? ¡Desperdiciar así una buena mercancía! ¡Merecerías que te colgaran o te fusilaran! Los guisantes se han perdido este año, y todos los albaricoques. Las manzanas y las ciruelas igual las podemos salvar. ¡Tráeme un cubo!

Lucas le lleva un cubo y Joseph empieza a recoger las manzanas y las ciruelas caídas entre la hierba. Le dice a Lucas:

—Coge otro cubo y recoge todo lo que está podrido. A lo mejor se lo comen tus cerdos. ¡Dios mío! ¡Los animales!

Joseph se precipita al corral y Lucas le sigue. Joseph dice, secándose la frente:

—Gracias a Dios, no se han muerto todos. Dame un rastrillo que limpio un poco. ¡Es un milagro que no te hayas olvidado de dar de comer a los animales!

—No se dejan. Gritan en cuanto tienen hambre.

Joseph trabaja durante horas, y Lucas le ayuda, obedeciendo sus órdenes.

Cuando el sol cae, entran en la cocina.

Joseph exclama:

—¡Que el diablo me lleve! Nunca había oído nada semejante. ¿Qué es eso que apesta tanto?

Mira a su alrededor y ve un enorme cubo lleno de leche de cabra.

—La leche se ha agriado. Llévate esto de aquí y échalo en el río.

Lucas le obedece. Cuando vuelve, Joseph ya ha aireado la cocina, ha lavado las baldosas. Lucas baja a la bodega y sube con una botella de vino y tocino.

Joseph dice:

—Hace falta pan con esto.

—No tengo.

Joseph se levanta sin decir nada y va a buscar una hogaza de pan a su carro.

—Toma. He comprado después del mercado. Ahora ya no lo hacemos en casa.

Joseph come y bebe. Pregunta:

—¿Tú no bebes? Y tampoco comes. ¿Qué ocurre, Lucas?

—Estoy muy cansado. No puedo comer.

—Estás muy pálido, por debajo del moreno de la cara, y no tienes más que la piel encima de los huesos.

—No es nada. Ya se me pasará.

—Ya me parecía a mí que te pasaba algo raro en la cabeza. Debe de ser cosa de alguna chica.

Joseph le guiña el ojo.

—Conozco a la juventud. Pero me sabría muy mal que un chico tan guapo como tú se dejase por culpa de una chica.

Lucas dice:

—No es por culpa de una chica.

—¿Entonces por qué es?

—Pues no lo sé.

—¿Que no lo sabes? Entonces, habrá que ir a un médico.

—No te preocupes por mí, Joseph, ya se arreglará.

—Nada de ya se arreglará... Descuidas el jardín, dejas que la leche se agrie, no comes, no bebes, y crees que todo puede continuar así.

Lucas no responde.

Al irse, Joseph dice:

—Escucha, Lucas. Para que no te olvides más del día de mercado, me levantaré una hora antes y vendré a despertarte, y cargaremos juntos las verduras y la fruta y los animales para vender. ¿Te parece bien?

—Sí, muchas gracias, Joseph.

Lucas da otra botella de vino a Joseph y le acompaña hasta el carro.

Al arrear a su caballo, Joseph grita:

—¡Ten cuidado, Lucas! El amor a veces es mortal.

Lucas está sentado en el banco del jardín. Tiene los ojos cerrados. Cuando los abre ve una niña pequeña que se columpia en una rama del cerezo.

Lucas le pregunta:

—¿Qué haces aquí? ¿Quién eres?

La niña salta al suelo, y manosea las cintas rosa que lleva atadas en la punta de las trenzas.

—La tía Léonie te pide que vayas a casa del señor cura. Está solo, porque la tía Léonie no puede trabajar más, está en cama en casa y ya no se puede levantar, porque es demasiado vieja. Mi madre no tiene tiempo de ir a casa del señor cura, porque trabaja en la fábrica, y mi padre también.

Lucas dice:

—Ya lo entiendo. ¿Qué edad tienes?

—No lo sé muy bien. La última vez cuando era mi cumpleaños tenía cinco, pero eso fue en invierno. Y ahora ya es otoño y podría ir al colegio si no hubiese nacido demasiado tarde.

—¡Es otoño ya!

La niña se ríe.

—¿No lo sabías? Desde hace dos días es otoño, aunque parezca que es verano porque hace calor.

—¡Cuántas cosas sabes!

—Sí. Tengo un hermano mayor que me lo enseña todo. Se llama Simón.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Agnès.

—Qué bonito nombre.

—Lucas también es bonito. Yo sé que te llamas Lucas porque mi tía me ha dicho: «Ve a buscar a Lucas, que vive en la última casa, enfrente de los guardias de frontera».

—¿Los guardias no te han detenido?

—No me han visto. He pasado por detrás.

Lucas dice:

—Me gustaría mucho tener una hermanita como tú.

—¿No tienes?

—No. Si tuviera una, le haría un columpio. ¿Quieres que te haga un columpio?

Agnès dice:

—Ya tengo uno en mi casa. Pero prefiero columpiarme en otras cosas. Es más divertido.

Salta, coge la rama grande del cerezo y se balancea, riendo.

Lucas pregunta:

—¿Nunca estás triste?

—No, porque una cosa me consuela siempre de otra.

Salta al suelo.

—Tienes que darte prisa para ir a casa del señor cura. Mi tía me lo dijo ya ayer y anteayer, y antes, pero se me ha olvidado todos los días. Me va a reñir.

Lucas dice:

—No te preocupes. Iré esta tarde.

—Bueno, entonces, me voy.

—Quédate un poco más. ¿Te gustaría oír música?

—¿Qué tipo de música?

—Ya verás. Ven.

Lucas coge a la niña en brazos, entra en la habitación, coloca a la niña encima de la cama grande y pone un disco en el viejo gramófono. Sentado en el suelo, al lado de la cama, con la cabeza apoyada en los brazos, escucha.

Agnès pregunta:

—¿Estás llorando?

Lucas menea la cabeza.

Ella dice:

—Tengo miedo. No me gusta esa música.

Lucas coge una de las piernas de la niña con la mano, la aprieta. Ella grita:

—¡Me haces daño! ¡Suéltame!

Lucas suelta la presa de sus dedos.

Cuando el disco se acaba, Lucas se levanta para poner la otra cara. La niña ha desaparecido. Lucas escucha los discos hasta que se pone el sol.

Por la tarde, Lucas prepara una cesta con verduras, patatas, huevos, queso. Mata un pollo, lo limpia, coge también leche y una botella de vino.

Llama a la puerta de la rectoría pero nadie viene a abrir. Entra por la puerta de servicio abierta, deja la cesta en la cocina. Llama a la puerta de la habitación y entra.

El cura, un viejo alto y delgado, está sentado en su mesa de despacho. A la luz de una vela juega solo al ajedrez.

Lucas lleva una silla junto a la mesa, se sienta frente al anciano y dice:

—Perdóneme, padre.

El cura dice:

—Te iré pagando poco a poco lo que te debo, Lucas.

Lucas pregunta:

—¿Hace mucho tiempo que no vengo?

—Desde principios del verano. ¿No te acuerdas?

—No. ¿Quién le ha alimentado durante todo este tiempo?

—Léonie me traía todos los días un poquito de sopa. Pero desde hace unos días está enferma.

Lucas dice:

—Le pido perdón, padre.

—¿Perdón? ¿Por qué? No te pago desde hace muchos meses. Ya no tengo dinero. El estado se ha separado de la iglesia, y ya no me retribuyen por mi trabajo. Debo vivir de los donativos de los

fieles. Pero la gente tiene miedo de ser vista viniendo a la iglesia. No quedan más que algunas viejas pobres en los oficios.

—Si no he venido no es por culpa del dinero que me debe. Es mucho peor.

—¿Cómo que peor?

Lucas baja la cabeza.

—Me he olvidado por completo de usted. He olvidado también el jardín, el mercado, la leche, el queso. Incluso me he olvidado de comer. Durante meses he dormido en el desván, por miedo de entrar en mi habitación. Ha sido necesario que viniera hoy una niña, la sobrina de Léonie, para que tuviese el valor de entrar. También me ha recordado mi deber hacia usted.

—No tienes ningún deber, ninguna obligación hacia mí. Tú vendes tus mercancías y vives de esa venta. Si no puedo pagarlo, es normal que no me entregues nada más.

—Se lo repito, no es por culpa del dinero. Debe entenderme.

—Explícate, pues. Te escucho.

—No sé cómo continuar viviendo.

El cura se levanta, coge el rostro de Lucas en sus manos.

—¿Qué te ha ocurrido, hijo mío?

Lucas menea la cabeza.

—No puedo explicarlo. Es como una enfermedad.

—Ya lo veo. Es una especie de enfermedad del alma. Debido a tu corta edad, y quizá a tu soledad, demasiado grande.

Lucas dice:

—Quizá. Voy a preparar la cena y la tomaremos juntos. Yo tampoco he comido desde hace mucho tiempo. Cuando intento comer, vomito. Con usted quizá pueda.

Va a la cocina, prepara el fuego, pone a hervir el pollo con las verduras. Prepara la mesa y abre la botella de vino. El cura va a la cocina:

—Te lo repito, Lucas, no puedo pagarte más.

—Pero usted tiene que comer.

—Sí, pero no necesito un festín como éste. Unas patatas o un poco de maíz me bastan.

Lucas dice:

—Comerá lo que yo le traiga, y no hablaremos más de dinero.

—No puedo aceptar.

—Es más fácil dar que aceptar, ¿verdad? El orgullo es un pecado, padre.

Comen en silencio. Beben vino. Lucas no vomita. Después de la cena, lava los platos. El cura vuelve a su habitación, y Lucas se une a él.

—Ahora tengo que irme.

—¿Adónde vas?

—A caminar por las calles.

—Puedo enseñarte a jugar al ajedrez.

—No creo que me interese. Es un juego complicado y exige mucha concentración.

—Probemos.

El cura le explica el juego. Juegan una partida. Lucas gana. El cura le pregunta:

—¿Dónde has aprendido a jugar al ajedrez?

—En los libros. Pero es la primera vez que juego de verdad.

—¿Volverás para que juguemos?

Lucas vuelve todas las tardes. El señor cura hace progresos, las partidas se vuelven interesantes, aunque es Lucas el que gana siempre.

Lucas duerme otra vez en su habitación, en la cama grande. Ya no se olvida de los días de mercado, ya no deja que la leche se ponga agria. Se ocupa de los animales, del huerto, de la limpieza. Vuelve al bosque para coger setas y leña seca. Vuelve a pescar también.

En su infancia, Lucas atrapaba los peces con la mano o con caña. Ahora se ha inventado un sistema que, desviando a los peces del curso del río, los dirige hacia un estanque del cual no pueden salir. Lucas sólo tiene que cogerlos con una red cuando necesita pescado fresco.

Por la tarde, Lucas come con el señor cura, juega una o dos partidas de ajedrez y luego vuelve a caminar por las calles del pueblo.

Una noche entra en el primer bar que se encuentra en su camino. Es un café que antes estaba bien atendido, incluso durante la guerra. Ahora es un local oscuro y casi vacío.

La camarera, fea y cansada, pregunta a gritos desde el mostrador:

—¿Cuánto?

—Una jarra.

Lucas se sienta en una mesa manchada de vino tinto y ceniza de cigarrillo. La camarera le lleva la jarra de vino tinto del país. Le cobra al momento.

Cuando se ha bebido el vino, Lucas se levanta y sale. Se va más lejos, hasta la plaza principal. Allí se detiene ante la librería-papelería, contempla largamente el escaparate: cuadernos de colegio, lápices, gomas, algunos libros.

Lucas entra en el bar de enfrente.

Allí hay algo más de gente, pero está mucho más sucio aún que el otro bar. El suelo está cubierto de serrín.

Lucas se sienta junto a la puerta abierta, ya que no hay ventilación alguna en el local.

Un grupo de guardias fronterizos ocupa una mesa larga. Hay dos chicas con ellos. Cantan.

Un viejo menudo y andrajoso viene a sentarse en la mesa de Lucas.

—¿Y tocas algo?

Lucas pide:

—¡Una botella de medio y dos vasos!

El viejecillo dice:

—No quería que me invitaras a un trago, yo sólo quería que tocases. Como antes.

—Ya no puedo tocar como antes.

—Te comprendo, pero toca de todos modos. Me gustaría mucho.

Lucas le sirve el vino:

—Bebe.

Saca la armónica del bolsillo y empieza a tocar una canción triste, una canción de amor y de separación.

Los guardias de frontera y las chicas siguen la canción.

Una de las chicas va a sentarse junto a Lucas y le acaricia el pelo:

—Mira qué guapo es.

Lucas deja de tocar, se levanta.

La chica se ríe:

—¡Qué salvaje!

Fuera está lloviendo. Lucas entra en un tercer bar, pide otra jarra más. Cuando empieza a tocar las caras se vuelven hacia él y después se vuelven a sumergir en los vasos. Allí la gente bebe pero no habla.

De pronto, un hombre grande y fuerte con una pierna amputada se coloca en medio de la sala, debajo de la única bombilla desnuda y, apoyándose en las muletas, entona una canción prohibida.

Lucas le acompaña con la armónica.

Los demás clientes se acaban rápidamente las bebidas y, uno tras otro, abandonan el bar.

Las lágrimas corren por el rostro del hombre en los dos últimos versos de la canción:

Este pueblo ya ha expiado
el pasado y el porvenir.

Al día siguiente, Lucas va a la librería-papelería. Elige tres lápices, un paquete de hojas de papel cuadriculado y un cuaderno grueso. Cuando pasa por caja, el librero, un hombre obeso y pálido, le dice:

—Hacía mucho tiempo que no te veía. ¿Estabas fuera?

—No, sencillamente, estaba demasiado ocupado.

—Tu consumo de papel es impresionante. A veces me pregunto qué podrás hacer con él.

Lucas dice:

—Me gusta llenar las hojas blancas con un lápiz. Me distraigo.

—Habrán formado verdaderas montañas con el tiempo.

—Despilfarro mucho papel. Las hojas estropeadas me sirven para encender el fuego.

El librero dice:

—Desgraciadamente, no tengo clientes tan asiduos como tú. El negocio no va bien. Antes de la guerra sí que iba. Había muchos colegios aquí. Escuelas superiores, internados, colegios. Los estudiantes se paseaban por las calles al atardecer, y se divertían. También había un conservatorio de música, conciertos, representaciones teatrales todas las semanas. Ahora, mira la calle. No hay más que niños y viejos. Algunos obreros, algunos vendimiadores. Ya no hay juventud en esta ciudad. Los colegios los han desplazado todos al interior del país, salvo la escuela primaria. Los jóvenes, hasta aquellos que no estudian, se van a otros lugares, a las ciudades vivas. Nuestra ciudad es una ciudad muerta, vacía. Es una zona fronteriza, acordonada, olvidada. Conocemos de vista a todos los habitantes de la ciudad. Siempre son las mismas caras. Ningún extraño puede entrar aquí.

—Están los guardias de la frontera. Ellos son jóvenes.

—Sí, pobrecillos. Encerrados en los cuarteles, patrullando por la noche... Y cada seis meses los cambian, para que no puedan integrarse en la población. Esta ciudad tiene diez mil habitantes, más tres mil soldados extranjeros, y dos mil guardias de frontera de

los nuestros. Antes de la guerra teníamos cinco mil estudiantes y turistas en verano. Los turistas venían tanto del interior del país como del otro lado de la frontera.

Lucas pregunta:

—¿La frontera estaba abierta?

—Evidentemente. Los campesinos de allá vendían sus mercancías aquí, los estudiantes iban al otro lado para las fiestas de los pueblos. El tren también continuaba hasta la siguiente gran ciudad del otro país. Ahora nuestra ciudad es la estación término. ¡Abajo todo el mundo! ¡Y sacad los documentos!

—¿Y se podía ir y venir libremente? ¿Y se podía viajar al extranjero?

—Naturalmente. Tú nunca has conocido eso. Ahora ni siquiera puedes dar un paso sin que te pidan el carné de identidad. Y el permiso especial para la zona fronteriza.

—¿Y si no lo tienes?

—Es mejor tenerlo.

—Yo no lo tengo.

—¿Qué edad tienes?

—Quince años.

—Deberías tener uno. Hasta los niños tienen carné de identidad emitido por el colegio. ¿Cómo te las arreglas cuando sales de la ciudad y vuelves?

—Nunca salgo de la ciudad.

—¿Nunca? ¿Ni siquiera vas a la ciudad vecina cuando tienes necesidad de comprar alguna cosa que no se encuentra aquí?

—No. No he salido de esta ciudad desde que me trajo aquí mi madre, hace seis años.

El librero dice:

—Si no quieres tener problemas, procúrate un documento de identidad. Ve al ayuntamiento y explica tu caso. Si te ponen dificultades, pregunta por Peter N. Dile que te envía Victor. Peter es

del mismo pueblo que yo. Del norte. Ocupa un puesto importante en el partido.

Lucas dice:

—Muy amable por su parte. Pero ¿por qué iba a tener dificultades para obtener un documento de identidad?

—Nunca se sabe.

Lucas entra en un gran edificio junto al castillo. En la fachada ondean unas banderas. Numerosas placas negras con letras doradas indican las oficinas:

«Oficina política del partido revolucionario».

«Secretariado del partido revolucionario».

«Asociación de la juventud revolucionaria».

«Asociación de mujeres revolucionarias».

«Federación de sindicatos revolucionarios».

Nada más atravesar la puerta, una sencilla placa gris con letras rojas indica:

«Asuntos municipales, primer piso».

Lucas sube al primer piso, llama a una ventana opaca encima de la cual se lee: «Documentos de identidad».

Un hombre con un blusón gris abre la ventana deslizante y mira a Lucas sin decir nada. Lucas dice:

—Buenos días, señor. Me gustaría tener un documento de identidad.

—Renovarlo, querrás decir. ¿Ha caducado el que tienes?

—No, señor. Es que no tengo. No he tenido nunca. Me han dicho que debía tener uno.

El funcionario le pregunta:

—¿Qué edad tienes?

—Quince años.

—Entonces, efectivamente, deberías tener uno. Dame tu cartilla de escolarización.

Lucas dice:

—No tengo cartilla de ningún tipo.

El funcionario responde:

—Eso no es posible. Si no has acabado todavía la escuela primaria, debes tener cartilla de escolarización; si eres estudiante, tienes tu carné de estudiante; si eres aprendiz, el carné de aprendiz.

—Lo siento muchísimo. No tengo ninguna de esas cosas. Nunca he ido al colegio.

—¿Cómo puede ser? La escuela es obligatoria hasta la edad de catorce años.

—Me dispensaron de ir a la escuela a causa de un traumatismo.

—¿Y ahora? ¿Qué es lo que haces?

—Vivo de los productos de mi huerto. También toco por las noches en los bares.

El funcionario dice entonces:

—Ah, eres tú. Te llamas Lucas T. ¿verdad?

—Sí.

—¿Y con quién vives?

—Vivo en casa de mi abuela, junto a la frontera. Vivo solo. Mi abuela murió el año pasado.

El funcionario se rasca la cabeza.

—Escucha, tu caso es especial. Tengo que informarme. No puedo decidir solo. Tienes que volver dentro de unos días.

Lucas dice:

—Peter N. quizá pudiese arreglar esto.

—¿Peter N.? ¿El secretario del partido? ¿Le conoces acaso?

Coge el teléfono. Lucas le dice:

—Vengo recomendado por el señor Victor.

El funcionario cuelga y sale de su despacho:

—Ven. Bajaremos un piso.

Llama a una puerta en la que pone: «Secretariado del partido revolucionario». Entran. Un hombre joven está sentado detrás de un escritorio. El funcionario le tiende un carné vacío.

—Se trata de un carné de identidad.

—Ya me ocupo yo. Déjenos.

El funcionario sale y el joven se levanta y tiende la mano a Lucas.

—Buenos días, Lucas.

—¿Me conoce?

—Todo el mundo en la ciudad te conoce. Estoy muy contento de poder ayudarte. Vamos a rellenar tu carné. Nombre, apellido, dirección, fecha de nacimiento. ¿Sólo tienes quince años? Eres muy alto para tu edad. ¿Oficio? ¿Pongo «músico»?

—Vivo también del cultivo de mi huerto.

—Entonces pondremos «horticultor», queda más serio. Bueno, veamos, pelo castaño, ojos grises... ¿Adscripción política?

—Deje eso en blanco.

—Sí. ¿Y qué deseas que ponga aquí: «Observaciones de las autoridades»?

—«Idiota», si puede ser. Sufrí un trauma, no soy normal del todo. El joven se ríe.

—¿Que no eres normal del todo? ¿Y quién se creería eso? Pero tienes razón. Esa observación te puede evitar muchos disgustos. El servicio militar, por ejemplo. Voy a escribir, pues, «trastornos psíquicos crónicos». ¿Te vale así?

Lucas dice:

—Sí, señor. Muchas gracias, señor.

—Lláname Peter.

—Gracias, Peter.

Peter se acerca a Lucas y le tiende su carné. Con la otra mano le toca la cara suavemente. Lucas cierra los ojos. Peter le besa largamente en la boca, cogiendo la cabeza de Lucas entre sus manos. Mira un momento más el rostro de Lucas y luego se vuelve a sentar detrás de su escritorio.

—Perdóname, Lucas, tu belleza me ha alterado. Debo prestar más atención. Estas cosas son imperdonables en el partido.

—Nadie sabrá nada.

Peter dice:

—Un vicio semejante no se puede esconder toda una vida. No permanecería mucho tiempo en este cargo. Si estoy aquí es porque deserté, me rendí y volví con el ejército victorioso de nuestros liberadores. Aún era estudiante cuando me mandaron a la guerra.

—Debería casarse, o al menos tener una amante para desviar las sospechas. Le resultaría fácil seducir a una mujer. Es muy guapo y viril. Y también triste. A las mujeres les gustan los hombres tristes. Y además tiene una buena posición.

Peter se ríe.

—No tengo ningunas ganas de seducir a una mujer.

Lucas dice:

—Sin embargo, quizá existan mujeres a las que se pueda amar, de cierto modo.

—¡Cuántas cosas sabes a tu edad, Lucas!

—No sé nada, sólo adivino.

Peter dice:

—Si necesitas cualquier cosa, ven a verme.